

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 383

25 Cts.

EB.



QUISTA
LARIDO

POR

Phyllis Haver
Tom Moore
Jacqueline Logan

FilmoTeca
de Catalunya

MASON HOPPER, E.

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
EDICIONES BISTAGNE

Redacción PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración Teléfono 18551

Año VII BARCELONA N.º 383

LA CONQUISTA DEL MARIDO

(THE WISE WIFE, 1927)

Deliciosa comedia muy americana

interpretada por

PHILLYS HAVER, JACQUELINE LOGAN
y **TOM MOORE**

Exclusiva de

JULIO-CÉSAR, S. A.

ARAGON, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de
RINA DE LIGUORO



Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badía — Dr. Dou, 14 — Barcelona]



La conquista del marido

Argumento de la película

Primavera. La más bella de las primas.

Estación del amor... del amor más bello.

En el campo ¡ay! donde florecen las rosas de la ilusión.

Max Blaisdell, aunque no era ya un jovencito, había ido aquella mañana, como todas las mañanas, al campo, no en busca de aventuras bucólicas, porque era enemigo acérrimo de todo lo que tuviese la menor relación con los cólicos, sino para dedicarse a su deporte favorito: el *golf*.

Max era un *golfo* de marca mayor, es decir, un gran jugador.

En tiempos inquisitoriales, Max hubiese alcanzado gran popularidad como verdugo, pues manejaba el palo que daba gusto verle.

Pero lo manejaba, a veces, tan torpemente, que en lugar de ir la pelota al sitio que él le señalara, se aposentaba en cualquier otra parte.

No es, pues, de extrañar que aquella mañana, al lanzar una pelota hacia un punto determinado, ésta fuese a parar en... salva sea la parte de una señorita que se hallaba también en el campo para *golfear*.

Esa señorita era nada menos que la monísima y arrebatadora Jenny Lon Dix, buena amiga de la mujer de Max, tan buena amiga que pretendía conquistar al marido, por el mero capricho de contarle entre el número de sus galanteadores.

Jenny padecía la enfermedad en boga en los tiempos actuales, esto es, el no procurar más que para sí... para sí... y para sí.

El verde del campo es tan poético, han dicho infinidad de poetas, que Jenny sentía transportes de amor hacia Max, gustándole tanto por su dinero como por su pacifismo.

Al recibir la pelota de *golf* en... una de las blandicies de su monísimo cuerpo, Jenny ahogó un gemido de rabia. ¡Demonio! ¿Quién había sido el bruto que la tratara de tal forma? ¡Con qué placer le daría de bofetones!

Pero al volverse vió a Max y, aunque gimiendo por dentro, su rostro se aclaró al punto, para sonreírle.

Max, compungido por lo que acababa de hacer, apresuróse a ir a su encuentro y la ayudó a incorporarse.

Jenny, aprovechando la ocasión, fingió desmayarse, y Max tuvo que transportarla en sus brazos al asiento con dosel que ofrecían dos

troncos de árbol, erecto el uno y tumbado a ras de tierra el otro.

Jenny seguía interpretando la farsa de su desvanecimiento, y Max, mientras se preguntaba qué debía hacer en tales condiciones, en pleno campo y con una mujer desmayada y sin otro amparo que el suyo, la contemplaba con admiración, entusiasmado de la belleza de la muchacha, detalle en el cual no se había fijado aún, a pesar de que Jenny era huésped suya y de su mujer desde hacía algunos días.

Y como los pajaritos cantaban en las copas, alegres como si dieran señales de exceso de *copas*, Max pensó que en el campo y en primavera el amor es la cosa más natural del mundo; y sus labios se acercaban temblorosamente a los de Jenny, cuando ésta, que vigilaba, aparentó salir de su desfallecimiento.

—¡Ay! ¿Dónde estoy? — preguntó en tono romántico la pajarita de cuidado.

—Aquí, Jenny... a mi lado... junto a mi corazón... — respondió Max.

—¡Oh! A su lado, Max, estoy en la gloria...

—Y yo en el mismo cielo, que es la gloria con angelitos y todo.

—¿De veras? Pero ¡uy!

—¿Qué ocurre?

—La pelota...

—¡Le pido mil perdones, Jenny! Fué, desde luego, sin querer... ¿Dónde le dió?

¡En menudo conflicto ponía Max a Jenny dirigiéndole tal pregunta! ¡Cómo contestarle!

¡Qué rubor! ¡Y con la agravante de que Max se disponía a depositar un beso en la parte herida!

Pero Jenny reaccionó de la sorpresa y contestó, señalando su brazo derecho:

—Aquí...



Max, compungido por lo que acababa de hacer...

Max, sin pedir permiso, besó el brazo, pero como Jenny, ansiosa de caricias, le fué señalando, como partes heridas, el hombro y luego el cuello, Max fué subiendo, subiendo, hasta que se detuvo, a lo Bertini y a lo Pina Menichelli

en los soberanos labios de la tentadora Eva silvestre.

Y como en materia de amor y en rascar, todo es cuestión de empezar, los besos se repitieron y al paso que iban no tendrían fin en menos de una semana. ¡La Bertini se quedaba en pañales!

Y he aquí que de súbito Max exclamó:

—¡Jenny! ¡Oh, Jenny! ¡Antes la vida no significaba nada para mí, pero ahora tú lo has cambiado todo!

Jenny sonreía y apretaba, la muy diablesa, más y más los abrazos; y, obligada a contestar algo, dijo:

—¿No es maravilloso y encantador, Max, que dos personas puedan estar apartadas de todo el mundo en un momento dado?

—Sí, Jenny... muy apartadas... Yo lo comprendí en el momento en que viniste a mis brazos tan indefensa, tan inocente...

El corderillo de Max se había tragado el anzuelo con caña y todo.

¡Qué dulce era aquella soledad! ¡Qué sabrosas las caricias!

Mas he aquí que, cuando más tranquilos estaban considerándose libres de otras miradas que las de los jilgueros, sucedió que, sin que ellos se dieran cuenta, pasaron a escasa distancia del árbol... caído, acompañadas de un par de caballeros, varias damas del "Golf Club", y que éstas fueran testigos presenciales del incendio provocado por la primavera en el corazón de Max y en el de Jenny.

¡Jesús, qué escándalo! ¡Un hombre casado dándose el piquito con una soltera! ¡El caos, como diría Vargas Vila!

Los caballeros que iban con las damas empujaron a éstas para que no se detuviesen a contemplar aquel peligroso aperitivo y, más comprensivos que ellas, las empujaron con suavidad, para no producir el menor ruido, no fueran a interrumpir la guayabesca plática...

Fueron pasando los minutos, los cuartos, las medias... De repente, Jenny miró atónita a Max y exclamó, como quien despierta de un largo sueño:

—¡Pero, querido, nos hemos olvidado de Elena, tu mujer!

—¡Tienes razón! — asintió, no menos sorprendido, Max.

¿Qué hacer con Elena?

Si Max fuese Maieroni u Onofroff, podría hacerla desaparecer sin que nadie se enterase de ello, pero...

La realidad se imponía; y Max, lleno de melancolía, contestó:

—¡Jenny, el amor ha llegado demasiado tarde, cuando ya no puedo disponer de mí! ¡Ay, ay, ay amor!

—¿Qué quieres decir, Max? — inquirió Jenny—. ¿Que debemos amarnos y sufrir en silencio?

— Sí... Es la vida, Jenny...

—Paciencia... resignación... Adiós, amado mío...

—Adiós, no, Jenny, porque tú vivirás, espiritualmente, en mí, como yo, del mismo modo, en ti, siempre, siempre...

Elena, la esposa de Max, buena hada del hogar, mujer bella, distinguida y culta, pero modesta, no pensando en tonterías, sino en la felicidad de su marido, acertó a pasar por un sendero inmediato al campo de *golf* y vió, casualmente, a una pareja que se estaba besando sin consideración para nadie. Sonrió... y continuó su camino.

¿Había reconocido a Jenny y a Max?

* * *

La envidia es mala consejera. Por envidia se hacen muchas cosas, y siendo tan envidiosas las mujeres — discúlpennos las que no lo sean —, a las señoras del "Golf Club" les faltó tiempo para irle a contar a la pobre Elena lo que habían visto en las inmediaciones del campo de *golf*, pues la idílica escena tuvo por escenario la entrada de un bosque.

Elena las invitó a tomar el te, y mientras saboreaban la aromática infusión y se comían tranquilamente pastelito tras pastelito, las muy honorables damas fueron vertiendo el veneno de la murmuración sobre la digna esposa del des-carriado Max.

Entre las murmuradoras se hallaban damitas muy interesantes y daba lástima oírlas murmurar como sus compañeras, las cuales podían al menos justificarse odiosamente con su fealdad para dedicarse a demoler hogares por envidia.

Pero había una que llevaba la batuta, y ni que decir tiene que era horriblemente antipática.

—...y él la estrechó entre sus brazos...

—...y entonces la besó tres veces...

Elena las desconcertaba riéndose a carcajadas. ¡Qué gracioso! Ella no encontraba nada de extraordinario en que una pareja se besara cuanto se le antojase.

Pero como sus "amigas" insistieron tanto en que era Max el galán, Elena, sin dejar de reirse, les preguntó, incrédula:

—Pero, queridas, ¿están ustedes seguras de que no tenían los ojos empañados?

—¡Segurísimas! — afirmó la directora de aquel concierto de maldicientes.

—¿Segurísimas?

—¡Sí! ¡El la devoró, materialmente, a besos!

Elena se moría de risa.

—¡Qué gracioso, digo! ¿Y ustedes creyeron que era Max, mi Max?

—¡Naturalmente! ¡Era él, su esposo, su Max, no nos cabe la menor duda!

—¡Bah! Yo les aseguro que sufrieron ustedes una confusión.

Pero...

En tales momentos entraban Max y Jenny en el saloncito donde se hallaban las murmuradoras y Elena.

Las primeras no osaban mirar frente a frente a los dos recién llegados. ¿Se les conocería en la cara que habían estado hablando mal de ellos?

Elena saludó jovialmente a su marido, desconcertando más y más a las maldicientes.

—¡Hola, Max! ¿Hacia mucho calor en el campo esta mañana?

Max se atragantó, y viendo que él no podía contestar, lo hizo Jenny con desparpajo sin igual.

—¡Estaba maravilloso! ¡Y Max me ha enseñado un nuevo golpe!

Las damas del "Golf Club" se miraron unas a otras, preguntándose qué golpe había sido aquel a que se refería Jenny.

Max sonrió, creyendo que la situación estaba salvada, y dijo, a su vez:

—Sí, le enseñé un golpe que aprendí de un profesional.

Elena se echó a reír, como antes lo hiciera a solas con las damas, y, burlándose de éstas, comentó:

—Entonces eso es lo que estas señoras creyeron que eran transportes de amor.

Las aludidas, algunas de las cuales bebían en aquellos momentos unos sorbos de te, no supieron, todas, adónde dirigir la vista, y las bebedoras, casi se ahogaron.

Max y Jenny creyeron conveniente protestar contra los infundios que habían hecho correr las *golfas*, y éstas pasaron el peor rato de su vida.

—Ustedes no han visto nada, porque nada podían ver — gritóles Jenny—. Son ustedes ex-

cesivamente cortas de vista para apreciar ciertas cosas.

Y Max:

—¿Qué han venido ustedes a contarle a mi mujer? Debían comprender que, aunque hubiesen ustedes visto algo, no era humano, ni mucho menos, enterar de ello a mi esposa.

—Es que...

—No hay qué que valga, señoras... Si fuesen ustedes hombres, les hablaría de otra manera.

La cosa se ponía fea, y Elena, decidida a dar una lección a sus "interesadas" amigas, se levantó, colocóse en medio de ellas, y les dijo, severamente:

—Señoras mías, yo no creo una palabra de lo que ustedes me han contado.

Asombro en las culpables.

Alegría en Max y Jenny.

Elena añadió:

—Y si a ustedes les place armar escándalos, hagan el favor de armarlos en otra parte.

¡Apoteósico!

Las damas se marcharon furiosas, para no volver más; y cuando en la casa no quedaban más que el matrimonio y Jenny, Elena se volvió a seitar, llamó a su lado a Max, que, en honor de la verdad, no las tenía todas consigo; y le habló de esta suerte, sin inmutarse, como un juez que cumple a conciencia con su deber:

—Max, esas señoras no han mentado. Todo es verdad.

¡Atiza!

A pesar de su frescura, Jenny, que estaba un tanto apartada del matrimonio, se azoró.

—Pero yo te... — intentó explicar Max.

—No me engañes, es inútil. ¡Yo mismo vi un beso, un beso completo!

Había que rendirse a la evidencia. Y como en ciertos casos es preferible callar a decir necedades, Max calló.

Entonces Elena dijo a Jenny, que ya había reaccionado, con la rapidez que ella acostumbraba hacerlo:

—Jenny, ¿se trata ahora de uno de tus *flirts*, o amas realmente a mi marido?

¿Qué contestaría la "croqueta"?

Inconsciente, voluble, una niña vanidosa, en una palabra, Jenny meditó breves momentos y replicó dejándose llevar de su orgullo:

—Desde luego, sí: le amo.

—¡Ah!

—¡Y él me ama a mí!

—Esto es más grave. ¿Qué dices a ello, Max?

Jenny se había abrazado a éste, y el pobre marido no sabía qué opinión debía dar. Se hallaba entre la espada y la pared: el deber y la tentación.

Pero Jenny con la promesa de sus caricias enloquecedoras venció a Max, por lo que el cuitado, dejándose arrastrar por una fuerza nueva, replicó, con gravedad de hombre que ha recibido el encargo de solucionar un arduo problema:

—Sí, Elena, yo amo a Jenny noble y sinceramente.

Elena ocultó el dolor que le produjo tan firme revelación y dijo:

—Está bien... Eso es hablar con dignidad. Así me gusta. Y supongo que querréis casaros,



—Desde luego, sí: le amo.

¿no? Aunque, desgraciadamente, se necesita antes un divorcio...

Max y Jenny se consultaron con la mirada. ¿Casarse?

Max se acercó a su mujer y le dijo, de acuerdo con Jenny:

—Tú no me entiendes, Elena. Nosotros íbamos a sacrificar nuestro amor...

A lo que replicó la esposita:

—No; si es necesario algún sacrificio, yo lo haré; pero antes deseo estar segura de ese noble y gran amor.

—¿Nos aconsejas que nos casemos Jenny y yo?

—Naturalmente, si tanto os amáis...

—Pero...

—Yo quiero tu felicidad. Max, y si ésta la has de hallar casándote con Jenny, no puedo oponerme a nuestra separación. De modo que hoy mismo empezará la prueba. Yo me mudaré al cuarto que ha ocupado Jenny estos días y le dejaré a ella el mío para que, aunque separados por un tabique, podáis estar más cerca.

—Nada de cambios, Elena; no los creo necesarios...

—Dejadme hacer. Jenny debe ocupar mi lugar durante la prueba. Conviene que antes de casaros os cuidéis el uno del otro para que veáis que el matrimonio no consiste sólo en los besos, sino en lavar, planchar, coser, preparar el baño, limpiarse los dientes, servir el te y sufrirse constantemente el uno al otro.

Jenny protestó:

—¡Yo no quiero estar aquí a prueba para hacer este ensayo! ¡Eso es humillante!

—Pues yo sólo consentiré en el divorcio a condición de que aceptéis ese plan.

—Pero, mujer...

—Nada, nada... Lo dicho... Voy a hacer todos los preparativos y espero que seréis felices. Y dió comienzo la prueba.



—Voy a hacer todos los preparativos y espero que seréis felices.

* * *

De vez en cuando el padre de Max visitaba al joven matrimonio y salía de caza con su hijo.

Pero aquella vez Max no estaba para cacerías, pues no quería dejar solas a su mujer y a su futura esposa, para no darles ocasión, con la soledad, de tirarse de los pelos.

Se limitaban, pues, a dar cortos paseos por el campo, para merendar sobre el verde césped, y, por la noche, jugaban a las damas o al ajedrez.

Jenny se aburría.

Max no se había descalzado aún aquella noche, como solía hacerlo siempre, cuando era feliz con su mujer, y Elena le trajo las zapatillas y le dijo a Jenny:

—Toma, dale a Max este calzado de alivio. El pobre está sufriendo sin él.

Max vio a su mujer entregando las zapatillas a Jenny, y pretendió evitar que ésta se las entregara a él. Quería disimular su dolor, aparecer ante Jenny como un joven.

Pero quieras que no, Elena mandó a Jenny con las zapatillas a Max y éste tuvo que ponérselas.

Después, Max y su padre iban a jugar, pero como Jenny tocó la "radio" y bailaba sola, Elena aconsejó a su marido que fuese a bailar con su "futura".

Max tuvo, pues, que bailar, y Jenny no se libró, a pesar de procurararlo sobremanera, de soberbios pisotones de él, que tenía tanto de bailarador como ella de mujer de hogar.

El baile se suspendió por habérsele desprendido a Max un botón de los tirantes.

—Ven, Max — le dijo Elena—. Coseremos ese botón y volverás a bailar hasta que os canséis.

Max se sentó en un diván, y Elena dijo a Jenny:

—¿Quieres traerme mi cesta de costura? Ningún hombre es feliz sin todos sus botones.

Jenny, malhumorada, complació a Elena, y ésta, entregándole la aguja enhebrada, la hizo tomar su lugar, para que se entrenase.

—Cóseselo tú, Jenny...

La muchacha se dispuso a hacerlo... y Max a sufrir algún pinchazo, cosa que, en efecto, ocurrió por dos veces.

Una vez cosido el dichoso botón, Jenny creía poder continuar tocando la "radio", pero Elena le dió varios pares de calcetines, diciéndole:

—Queridita, hay que zurcir los calcetines de

Max. Sólo quiere que los zurza su mujer, y como tú vas a serlo...

¿Aquello más?

Rabiosamente, Jenny cosió los calcetines, y no decimos zurció, porque hizo una barbaridad: juntó la punta de uno de los calcetines y la cosió, cortando después lo que sobraba, quedando, pues, reducido el pie al menos de dos dedos.

Y llegó la hora de acostarse.

En su habitación, que era la que ocupara hasta entonces Elena, Jenny se libró a una serie de operaciones capilares y faciales a cual más ridícula a la par que moderna.

Como si no tuviera ya bastantes pajaritos en la cabeza, se la llenó exteriormente de otros de papel para que el pelo se le rizara durante la noche.

Su rostro desaparecía bajo una capa de grasa, y de tal guisa nadie podía reconocer a la hermosa Jenny, pues parecía una negrita auténtica, con el rostro negro y el pelo tan estrafalario.

Elena fué a darle las buenas noches, y al llamar con los nudillos a la puerta, Jenny, asustada, la entreabrió y, ocultándose, le dijo:

—No entres. Por nada del mundo dejaría a nadie que me viese de este modo.

Elena comprendió, sonrió y repto:

—Bien, bien... Sólo quería decirte que no te olvides de ponerte tu traje de *sport* mañana, pues iremos de excursión.

—Gracias por el aviso, querida...

Hasta las dos mujeres llegó en aquel momento un rumor extraño, y Jenny preguntó a Elena:

—¿Qué horrible ruido es ese? ¿Está estropeada la cañería del agua?

Elena se echó a reír quedamente y contestó: —No te asustes por tan poca cosa. Ese es Max. Hace gárgaras todas las noches y se irriga la nariz todas las mañanas.

—¡Qué ocurrencia!

—Ve aprendiendo, querida...

Se alejó Elena de la puerta de la habitación y al pasar frente a la cajita de caudales donde se guardaban las joyas, tuvo una idea: poner en acción, por medio de un alfiler, el timbre de alarma.

¿Con qué objeto?

Muy sencillo: lograr que Max viese a Jenny con el rostro horriblemente embadurnado.

Su plan se realizó conforme a sus deseos, pues al oír el timbre de alarma Max y Jenny se apresuraron a salir de sus habitaciones, y Max, al ver a Jenny, dijo, sorprendidísimo, casi aterrado:

—¡Dios! ¿De quién es esa cara?

Trabajo le costó a Jenny demostrar que "aquella" cara era la suya y no poco a Max creerla. ¡Qué cara! ¡Cuántas porquerías para conservar terso el cutis! Elena no se ponía nada y estaba presentable en cualquier momento.

* * *

Max había descubierto el "truco" de Elena para que salieran él y Jenny de sus cuartos... y se viesan. Lo comprendió claramente.

Por tal razón, al día siguiente, al ver a Jenny, Max, encontrándola hermosísima, pues lo estaba, francamente, se olvidó del desencanto de la víspera y le dijo:

—Mi mujer trata de ponernos de manifiesto lo peor de cada uno, pero todos sus esfuerzos se estrellarán contra nuestro amor.

—¡Claro que sí! ¡Nuestro amor es tan inmenso!

Elena, preparándose para salir con los "novios" y el padre de Max, dijo a aquél, que la quería tanto como a su hijo y que estaba al corriente de todo:

—Quizá hago demasiadas pruebas, pero no puedo permitir que Max tenga que sufrir molestias toda la vida, cosa que ocurriría si llegara a cometer la necedad de casarse con Jenny.

Una vez en el campo, Max y Jenny se separaron de Elena y de su suegro para ir a pescar. Jenny no sabía, pero Max se encargaba de adiestrarla en ello.

Elena, no lo podía remediar, estaba celosa de Jenny y su dolor adquirió caracteres de tragedia al sorprender, casualmente, a su marido cayendo en la tentación de besar a Jenny al evitar que se cayese, al dar un traspié, en el agua del riachuelo donde pescaban.

No pudo reprimir lágrimas de fuego, y, al sorprenderla, su suegro le dijo, a modo de consuelo:

—¡No puedo comprender cómo un hijo mío se ha vuelto tan necio!

Elena le atajó rápidamente, llena de amor:

—El es únicamente un hombre que no sabe defenderse. La lucha es entre esa aniquiladora de hombres y yo.

Y añadió, resuelta a obrar enérgicamente para conquistar a su marido, que se le escapaba:

—¡Pero yo la venceré con su propio juego!
¡Si Max necesita una tobillera, yo sabré serlo!

Y aquella tarde, tan pronto regresaron a la casa de campo, Elena trasladóse a la ciudad y al día siguiente presentábase ante su marido, que galanteaba a Jenny en el jardín, convertida en una espléndida mujer moderna, moderna en todos los sentidos de la palabra: casquivana, falda corta, cutis de nieve y pelo maravillosamente ondulado.

¿Qué significaba aquello?

Elena se le acercó y con la punta de sus dedos de rosa le mandó un beso, alejándose a continuación para seguir cortando flores.

¡Ay, mamá! ¡Cómo se contoneaba Elena!
¡Si parecía otra! ¡Y qué otra!...

Celosa, Jenny dijo a Max:

—¡No me gusta el modo cómo miras a esa mujer!

Y Max, volviendo a la realidad, le contestó:

—No temas... Ya sabes que nuestro amor es volcánico.

Continuaron, pues, su idilio y, de súbito, Jenny ahogó un grito de espanto:

—¡El!

—¿Quién era él?

“El” acababa de apearse de un “auto” y, revolver en mano, adelantaba hacia Jenny, dispuesto a cometer una barbaridad.

—¡Hola!—exclamó al llegar ante ella—. ¡Ya estoy aquí!

—Ya lo veo, Carter—dijo Jenny mirándole con temor.

Max miró a Jenny y a Carter, preguntando sin palabras.

Jenny los presentó.

—Max, éste es Carter Fairfax, un chico amigo de casa.

Carter, violento, dijo a Max:

—Sepa usted que la señorita Dix y yo estamos prometidos.

Max indignóse y replicó a Carter:

—¿Cómo se atreve usted a decir que es el prometido de mi novia?

El drama se avecinaba. Carter encañonó con su revólver a Max, pero al decirle éste que no iba armado lo tiró y se dispuso a pelearse como su rival quisiera.

Max le mostró los puños y, acto seguido, lo tumbó a dos metros, de un soberbio directo.

Carter no se atrevió a replicar... para no recibir otro castigo.

Acudió Elena y, enterada de lo ocurrido, vio en Carter el elemento indispensable que necesitaba para apartar definitivamente a Max de Jenny.

Los “novios” se alejaron por el jardín y, al quedar a solas con Carter, Elena se mostró amable con él... excesivamente amable, para darle a entender que ella buscaba un alma gemela y que esa alma era él.

Y así hablaron:

—La situación es algo complicada—dijo Elena—. La novia de usted y mi marido están prometidos.

—Es un caso muy curioso, en efecto.

—Si yo tuviese alguien que me aconsejara, alguien fuerte, sensible y discreto...

—¡Oh, bella señora! Si yo puedo hacer algo por usted...

—¡Gracias, mi noble amigo! Es usted un cumplido caballero y yo soy una esposa desgraciada...

—Estoy a sus órdenes.

—Me honraría usted si quisiera ser mi huésped y quedarse en casa unos días para aconsejarme en esta situación...

Carter aceptó, y cuando se enteraron Max y Jenny de que Elena le había invitado a quedarse unos días en su casa los celos los devoraron,



Acudió Elena...

pues Max temía que su esposa se enamorase de Carter y Jenny que éste se enamorase de Elena.

Aquella noche Elena demostró con Carter que era tan hábil bailando el charleston como Jenny, y Max creía estar soñando.

El infeliz esposo descubría con asombro que el haber vivido con una mujer durante diez años no quiere decir que se la conozca del todo.

Y desde aquel momento empezó a acentuarse el frío entre Jenny y Max.

La esposa triunfaba.

Frenética, Jenny suplicó a Elena que no tocara más la "radio", pues se encontraba indispuesta, y Elena, después de complacerla muy cariñosamente, aprovechó la "indisposición" de Jenny para irse sola con Carter al *Club*... hasta las dos de la madrugada.

Max y Jenny les esperaron y, al reprocharles con la mirada por lo tarde que llegaban, Elena les dijo:

—¡Y vosotros todavía levantados con lo mal que se encuentra Jenny!...

Se retiraron todos a descansar y, al poco, Carter, creyendo que Elena le amaba como él empezaba a amarla, fué a su cuarto para decirle que estaba dispuesto a hacerla su esposa.

Jenny vió a Carter desaparecer al interior de la habitación de Elena y, temiendo lo peor, fué a avisar a Max.

—¡Carter está en la habitación de tu esposa!

—¿Qué dices?

Como un loco, Max entró en la cámara sagrada de Elena y dijo a Carter, ardiendo en deseos de estrangularlo:

—¡Váyase usted en seguida de mi casa!

Pero Elena se encargó de contestar por Carter y dijo así a Max:

—No, amiguito; él me ama noble y sinceramente, y se quedará aquí.

Max se resignó. La mujer se portaba ahora con él como él lo hiciera antes con ella.

Alejóse lentamente, rechazando a Jenny; y, a solas los dos, Elena dijo a Carter:

—Amigo mío, he sido cruel con usted. No puedo permitir que siga usted aquí. Yo amo a mi marido.

—Entonces... ¿todo fué una comedia?—inquirió, amoscado, Carter.

—Sí... Compréndame, usted que es un caballero... Yo estaba desesperada y le rogué que se quedara para ayudarme a reconquistar a mi marido... Perdóneme...

Jenny había sorprendido esta conversación apostada detrás de la puerta del cuarto de Elena y, radiante de felicidad, fué a preparar su equipaje para marchar con el alba.

Carter hizo lo propio y, al subir a su "auto", encontró en él a Jenny, que quería hacerse perdonar, convencida de que a quien amaba de veras era a él.

Carter le dijo, queriendo ser severo:

—Nuestros caminos, se han distanciado para siempre, señorita Dix.

—¡Pero si yo no amo a Max!—replicó ella, echándole los brazos al cuello—. ¡El me cogió por sorpresa y tú no estabas aquí para protegerme!

—¿Me hablas con el corazón en la mano?

—Con dos corazones, Carter: el tuyo y el mío.

Y venció la "croqueta", marchándose juntos ella y su vehemente enamorado... sin despedirse.



—...él me ama noble y sinceramente, y se quedará aquí.

Max no sabía qué partido tomar y, aunque después de lo ocurrido aquella madrugada, su deber era marcharse, ¡cuánto le costaba hacerlo!

Pero lo haría solo. No quería más tratos con Jenny.

Elena sonreía viendo su pena...

Y he aquí que, súbitamente, Max presenció la fuga... a la francesa de Carter y Jenny, y corrió a reunirse con Elena, a quien, saltando como un enfermo curado milagrosamente después de viaticado y todo, comunicó:

—¡Elena, se han ido! ¡Se han marchado juntos!

Elena se limitó a decir:

—¡Ya lo sabía!

—¡Oh, perdónamelo todo, Elena! ¡He sido un loco, un solemne majadero!

¿Qué respondería Elena?

Pues...

—¡Ya lo sabía!

Y marido y mujer se abrazaron como nunca lo hicieran...

Iban a empezar a vivir de nuevo.

FIN

GRAN ÉXITO

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

de la interesante novela

El Carnaval de Venecia

por

MARIA JACOBINI

y

MALCOLM TODD

Esta semana:

El Angel de la Calle

En breve:

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

para

1 9 2 9

Alarde de buen gusto artístico y literario,
como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para coleccionar
las postales de L. N. S. C. de 1928